

El hilo de la mirada



La mano derecha de la niña acaba de hacer contacto con el lazo que cuelga del cuello de la alpaca mientras la izquierda se acerca prudentemente en su ayuda. La niña pretende sujetar al animal. La situación es inestable. Parece detenida en un equilibrio tenso que puede deslizarse hacia escenarios delicados. La mirada de la niña no refleja asombro ni ternura, de ninguna manera temor, pero tampoco veneración o devoción. Un turista o cualquier neófito observaría al animal con sorpresa, posiblemente con fascinación y seguro con aprensión, pero, lo más probable es que en esa misma situación el inexperto dirigiría su mirada hacia la sogá para asegurarse de sujetarla rápidamente con las dos manos y poder así controlar con seguridad al animal. Cualquier inepto confiaría exclusivamente en la cuerda para dominar al camélido. Sin embargo, la mirada de la niña se dirige hacia los ojos de la alpaca. Sabe que allí va a percibir las señales de serenidad o inquietud que necesita para decidir si seguir acercando la mano. Sabe que allí va a advertir las posibilidades de alguna reacción inesperada y el riesgo de ser pisada o si tiene tiempo de seguir estirándose hacia el lazo con tranquilidad. Sabe que bajar la vista sería un error. La alpaca la mira también y la mide, huele su aire buscando indicios de duda o ansiedad. La tensión de las dos cabezas erguidas sostiene el equilibrio de la escena.

La mirada de la niña es una mirada atenta, concentrada y respetuosa. Sus manos están preparadas para detenerse ante cualquier signo de inquietud o recelo. Ella sabe que es preferible interrumpir el movimiento o retraer levemente la mano antes que apostar a la constricción de la sogá o a la aplicación de una fuerza que no posee. Más aún, pareciera que, aunque gozara de la energía necesaria para someter al animal, ella elegiría otra manera de concluir la operación. La atención de la pequeña está puesta en los ojos, las orejas y el hocico de la alpaca, es allí donde un pestañeo repentino, una variación en la apertura de las fosas nasales, un cambio en la dirección de las orejas o en la orientación del morro aparecerán como indicios preciosos y preciados. La mirada de la niña en la cabeza del animal garantiza la extensión y prolongación del espacio y del tiempo necesarios para el lento acercarse de sus dedos a la sogá. Asegura la estabilización final de la situación en una relación que –aunque mediada por el lazo- hace suponer que nunca se recostaría solamente en él ni prescindiría de los otros tipos de lazos que -como la mirada- no se ven. La situación se dirige hacia la resolución de la tensión en una relación asimétrica pero estable y tranquilizadora para las dos partes.

La mirada de la niña es una mirada advertida, serena y templada. No aparecen allí huellas de alguna impostada veneración atávica ni brillos ansiosos por encontrar conexiones energéticas con el animal. Tampoco –por supuesto- ningún indicio de las violencias y torpezas típicamente occidentales. Ella sabe que los animales no son dioses, que no precisan éxtasis contemplativos o conexiones ancestrales, pero tampoco son peluches ni juguetes y mucho menos seres humanos o bebés: las alpacas pueden ser bellas y valiosas, generosas y confiables, esponjosas y abrazables, pero también peligrosas si se enojan o se asustan. La mirada de la niña rezuma respeto, confianza y experiencia. No tiene más de cuatro años, sin embargo, sabe lo que hace y hace lo que sabe.

Nicolás Alberto Lobos